

Los que en el carruaje vienen,
gritaron en voces roncadas:
«¡Fuera! ¡Fuera!», por si acaso
con el espanto empeoran
los animales, y alcanzan
caída más desastrosa.
Mas á sus voces haciendo
Guzmán las orejas sordas,
como hombre sereno y ducho
en semejantes maniobras,
colocándose á ambos lados,
la vista y la mano prontas
caballero y escudero,
al enfilarse la carroza
con un instantáneo arrojo
asiendo las bridas rotas,
á una yegua el caballero,
y el escudero á la otra,
consignieron, lastimándolas,
pararlas, y á mucha costa.
Saltó en tierra un caballero
á la más estricta moda
equipado, y de presencia
muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse á don Pedro
á darle gracias, la gola
le aferró con ambas manos
el de Guzmán, con furiosa
voz diciéndole: «¡Asesino,
caiga en ti su sangre toda!»
El milanés (que no era otro),
que aquella sangrienta historia
recordó viendo á don Pedro,
dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzmán,
y treguas dando á su cólera,
le dijo: «Hacia aquí apartaos;
veamos si vuestra hoja
corta igualmente de cara
como por la espalda corta.»
Echaron á Recoletos,
y de tapia protectora
amparándose, sacaron
al aire sus dos tizonas.
Perdió el milanés la suya
con muchísima deshonra,

y yendo á herirle don Pedro,
como una espantada zorra
á quien los perros persiguen,
tomó fuga vergonzosa.
Indignado el de Guzmán
viendo con alma tan poca
á quien tan traídoramente
asesina entre las sombras,
echó tras él, ya resuelto
á darle muerte alevosa.
El milanés, conociéndolo,
con intención previsora
ganó á la iglesia la puerta,
y la capilla más próxima.
Entró tras él Guzmán, ciego,
mas á una imagen devota
de Cristo viéndole asido,
de la mujer generosa
se acordó que dió la vida
al matador de Zamora.
Soltó su mano la espada,
con voz descompuesta y cóncava
diciendo al otro, que le oye
con alma y con faz atónitas:
«Idos, que yo os dejo libre;
vágaos la buena memoria
de una mujer que por mí
osó hasta acción tan heroica.»

Y saludando á la imagen
con reverencia piadosa,
dijo: «Hasta aquí mi venganza:
¡Dios me la tenga en memoria!»
Dudándolo todavía,
ve el milanés que abandona
la iglesia, mas de ello al cabo
sus sentidos se cercioran.
Y á su carroza volviendo,
por hazaña milagrosa
contó en la corte el suceso,
que admiró la corte toda.
Y por verdadera hazaña
contada de boca en boca,
á don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.

A mi amigo D. Juan Eugenio de Hartzenbusch.

Mi querido Juan Eugenio:
Mi tomo octavo publico,
y al cabo te lo dedico
en holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto:
un cuento te he prometido,
y un tomo te doy cumplido;
no me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
destinos ó protección;
yo no gravo á la nación,
conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
versos y libros pidiendo,
iré libros escribiendo,
que lo tengo por mejor
que pedir al poderoso,
mendigar del ignorante,
y rogar al arrogante,
que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
que alabe mi obra, no quiero,
que tan bien como el primero
puedo ser yo catedrático.

Y á más, para entre los dos,
los criticones de hogaño
no nos harán mucho daño;
saben poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas vigalias
hoy en críticos estudios;
tras poquísimos preludios,
hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á París,
y almorzar con Víctor Hugo,
vuelves y pones el yugo
literario á tu país.

¡Las letras están fatales!
vienen diciendo de allá.

Las artes....., ¡lástima da!
¡No están en el Congo tales!

Pues ¡los teatros? ¡Da grima!
¡Ni de talento hay destellos!.....

Y escriben comedias ellos
como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercén allá,
ora á la regla, ora al gusto,
cada escena nos da un susto
si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan
por medio ninguno humano,
cortar el nudo gordiano
ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
sus disparates bautizan.....;
y tanto la luz atizan
que nos dejarán á oscuras.

Quien de la *escuela moderna*
genio innovador se llama,
barba, galán, paje y dama
despacha á la vida eterna.

Quien sé dice de la *antigua*,
en cánticos pobrecitos
de la otra cambia los gritos,
y que da sueño averigua.

Yo, que tal veo, me digo:
¡Tanto valen, á fe mía!
Con que firme en mi manía
de andar con entrambas sigo.

En lo que no hago ¡por Dios!
mas que, con maña oportuna,
tentar á la par fortuna
por cualquiera de las dos.

A veces, de sangre un río
vierto, en situación acerba,
y á veces, con una hierba
como un tonto me extasio.

Y en esto, sin duda alguna,
con sesudo estoicismo,
pruebo que me da lo mismo
por las dos que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán
me daré por satisfecho
si no te enfada lo hecho
en *Montoya el Capitán*.

El pueblo me lo contó
sin notas ni aclaraciones;
con sus mismas expresiones
se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas
para medirle compás;
el pueblo tiene no más
el compás con que le midas.

La gente crítica y docta,
que por decidir se muere,
califíquele si quiere
de milagro ó de aneódota.

Se me da, Eugenio, un ardite
que lo juzgue bien ó mal,
que lo llame obra inmortal
ó de necia la acredite,

porque según lo que vemos,
no hay obra, y más siendo ajena,
que sea á su juicio buena....
Conque pregunto: ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos
con que vengo á deducir

que debemos escribir
sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros
hay un buen libro que hojear,
fácil es de remediar,
escribámosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos,
y si no damos, peores
que los demás escritores
á fe que no quedaremos.

Y además, si es el placer
de los sabios *mal-decir*,
si damos en no escribir,
¿qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,
pues lo que escribo critican,
escribo porque se pican,
y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome
la experiencia por de pronto,
de que no faltará un tonto
que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede
que no tenga un solo amigo
que aplauda lo que yo digo,
como á muchos les sucede.

Yo sé que en ambas escuelas
habrá quien haga á este prólogo
allá á solas un monólogo
como á una fluxión de muelas.

Mas yo vivo, por fortuna,
en tan dulce escepticismo,
que se me importa lo mismo
por las dos, que por ninguna.

EL CAPITÁN MONTOYA

I

LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
á caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones,
y vense por los arzones
las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de delante con pluma.

Llegaron dondó el camino
en dos le divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos
por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha
un convento solitario,
en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás,
«Aquí, dijo, esperarás»,
y el otro dijo: «Aquí espero.»

y hacia el convento avanzando
del caballero la obscura
sombra, se fué la figura
hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado,
siguió inmóvil y embozado
en la densa obscuridad.

Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento,
rasgándose turbulento
por entre las ramas secas,
y en los desiguales hoyos
con las lluvias socavados,
hervían encenagados,
sin cauce ya, los arroyos.

Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba á más de un paso
ciega la vista sin ella;
ni señal se apercibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval, que crecía.

Y al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban,
y allí en silencio aguardaban,
á esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza
pisada, al agrío rumor,
les volvió su guardador
sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le ve